

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

La selección que vamos a pretender en el presente número de nuestra revista va a limitarse a tan sólo cuatro cuestiones de actualidad política y cultural. La sustitución de los conservadores por los laboristas en Gran Bretaña motiva la primera, mientras que en los otros tres casos nos centramos en cuestiones españolas de las que las dos últimas tienen un contenido cultural pero de muy distinta significación.

JAVIER TUSELL

Una interpretación del liberalismo

Gran Bretaña ha sido la patria de un género de liberalismo que en términos políticos se identificó con Margaret Thatcher. El final del período de gobierno de los conservadores constituye un buen aliciente para leer el libro de *John Gray, "Isaiah Berlin"*, Generalitat Valenciana. Edicions

Alfons el Magnanim, 1996, en el que resulta posible encontrar una noción del liberalismo bastante distinta de la consagrada por Hayek y Friedman.

El fin de siglo que nos ha tocado vivir se caracteriza al mismo tiempo por un intento de volver a pensar los fundamentos mismos de la política y por el deseo de abordar esta tarea desde una perspectiva liberal en sus fundamentos más esenciales. Sucede, sin embargo, que el

pensamiento liberal tiene vertientes muy distintas, desde el profetismo de Hayek hasta el liberalismo fundado en una concepción científica, como es el caso de Popper. Una actitud liberal anima también a recientes pensadores anglosajones como Rawls, Dworkin y Nozick. En definitiva el liberalismo está presente a través de muy diferentes manifestaciones que incluso a veces se contradicen en aspectos fundamentales.

De los pensadores liberales Isaiah Berlin figura entre los más conocidos pero su obra completa (o, lo que es lo mismo, el conjunto de su pensamiento) no ha llegado al gran público culto español. La razón estriba en que ha quedado desgranada en una serie de publicaciones breves que normalmente versan sobre la Historia del pensamiento y que dan la sensación de no referirse de forma directa al mundo actual. En España durante los últimos años se ha traducido su libro “El fuste torcido de la Humanidad” y se ha publicado también una larga conversación con uno de sus discípulos. Ahora el mérito del

libro de John Gray —profesor británico autor de varios libros importantes sobre teoría política— tiene el mérito de reelaborar esa obra y presentarla como lo que es, es decir un todo sólidamente articulado.

Berlin nació en 1909 en Riga, la capital de Estonia, un país que sufrió en un plazo relativamente corto de tiempo la doble experiencia de dos totalitarismos, el soviético y el nazi, con el agravante de que, perteneciendo Berlin a una familia judía, sufrió de forma especial las consecuencias del segundo. Toda su vida académica ha estado centrada en Gran Bretaña pero su formación le hizo también muy cercano al pensamiento alemán de la época romántica.

La tesis fundamental de Berlin es definida por Gray como el “pluralismo de valores”. Para él, en efecto, al ser humano se le ofrecen valores diversos, objetivos y a menudo incompatibles. Su liberalismo se conjuga, por tanto, con el pluralismo y adquiere de este modo una vertiente de lucha, agónico en el estricto sentido etimológico del término. Lo que de ninguna manera acepta es la idea, en lo político, de una solución final o de un todo perfecto, directamente derivado de la naturaleza humana, capaz de imponerse a los seres concretos. La idea utópica encontraría su fundamento en que se considera que todo problema sólo puede tener una solución correcta y ésta forma un todo global. Pero eso para él resulta inaceptable. De ahí

la cita que hizo de Kant y que le sirvió para dar título a uno de sus libros: “Con un leño tan torcido como aquel del que ha sido hecho el ser humano nada puede forjarse que sea del todo recto”. El sometimiento de seres humanos en los altares de abstracciones como nación, iglesia, partido o clase resulta para él una especie de reproducción de los sacrificios humanos de otros tiempos.

Hasta aquí la justificación del liberalismo pluralista de Berlin pero, para comprender la totalidad de su pensamiento, hay que tener en cuenta también que parte de una concepción historicista de la naturaleza humana. En cierta manera se puede decir que para él la Historia universal no tiene sentido sino que consiste en el entrelazamiento de identidades colectivas diferentes desde el punto de vista cultural. Por lo tanto para él la Nación —una idea detestable, según Hayek y Popper— tiene su razón de ser incluso en el momento presente. La existencia de estas identidades, que adquieren una cierta autonomía y vida propia, depende de la propia naturaleza humana, de modo que su vigencia no sólo no supone ninguna contradicción para la tesis liberal, sino que contribuye a fecundarla. En esto el pensamiento de Berlin coincide con el de no pocos de los clásicos del liberalismo (Constant, Tocqueville, Stuart Mill...). De paso así se demuestra que en el momento actual un cierto nacionalismo y el liberalismo no son incompatibles, como otros, incluidos muchos de los

vehementes seguidores españoles del liberalismo, afirman. A veces, por tanto, se nos ofrece como liberalismo lo que en realidad no es sino una parcial muestra de este pensamiento político.

Un inacabable conflicto heredado

A la larguísima literatura hasta el momento actual aparecida en torno a los GAL se deben sumar dos recientes libros más, el de Antonio Rubio, Manuel Cerdán, *“El origen de los GAL. Guerra sucia y crimen de estado”*, Madrid, *Temas de Hoy*, 1997, y el escrito por Eliseo Bayo, con el título *“GAL: el punto final”*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997.

El impacto de los GAL sobre la vida pública española ha sido tan espectacular y las consecuencias que pueden derivar de él cuando se sustancien las responsabilidades judiciales van a ser tan profundas, que no resulta extraño que en el momento presente sigan apareciendo libros acerca de esa muestra de guerra sucia en contra del terrorismo. Ni siquiera puede decirse de los dos que acaban de aparecer que constituyan el punto final de la investigación periodística llevada a efecto con enormes dificultades. Libros de combate, despertarán el interés por la cuestión que abordan aunque el lector no pueda suscribir cuanto en sus páginas se dice.

Cerdán y Rubio han sido dos de los periodistas más involucrados en la investigación de los GAL. Su último libro, en realidad, no contiene ninguna revelación

espectacular aunque transcriben en apéndice algunos documentos hasta ahora imperfectamente conocidos. La tesis que parece palpitar en el conjunto del libro es la de que hubo una decisión gubernamental directa que desencadenó la “guerra sucia” desde muy diversas instancias burocráticas de la Seguridad del Estado. La interpretación a veces peca de una visión excesivamente conspiratorial que introduce afirmaciones muy discutibles incluso sobre cuestiones que están lejanas al centro mismo de la Historia de los GAL (como, por

ejemplo, el asesinato de Carrero o la existencia de tramas negras de carácter parapolicial desde el comienzo de la transición). El texto resulta un tanto desordenado pero tiene, al mismo tiempo, la ventaja de permitir hacer dos constataciones acerca de las dificultades experimentadas por los investigadores periodísticos para conseguir averiguar la realidad. Llama la atención que el empleo de los medios de “guerra sucia” por parte de la guardia civil fuera denunciado hace más de diez años por vez primera cuando sólo muy recientemente han podido encontrarse indicios de responsabilidades concretas. Por otro lado también merece la pena tomar nota de la pluralidad de fuentes que les permitió a los periodistas llegar al conocimiento de la verdad. La sensación predominante es que fue tal la conciencia de impunidad que el número de personas involucradas en prácticas ilegales y potenciales testigos resultó elevadísimo.

En cuanto al libro de Eliseo Bayo tiene como rasgo muy peculiar el de constituir la primera defensa que se hace de una parte de los procesados. En él se transcriben extensas citas de Vera, Galindo y el abogado Argote, cuyos intereses aparecen de esta manera sindicados, mientras que se adivina también una absoluta coincidencia con los de Barrionuevo. Los adversarios de este grupo de implicados son, por un lado, los primeros responsables de la seguridad del Estado en la etapa socialista, procedentes del socialismo vasco (Sancristóbal y García

Damborenea) sobre cuyas espaldas se deja recaer la responsabilidad prácticamente total en el empleo de los métodos de “guerra sucia”. Mayores pullas, sin embargo, se dirigen en contra de Garzón, que aparece extrañamente involucrado con Roldán, y de Belloch, a quien se reprocha haber mantenido en un momento una actitud de persecución judicial de las fuerzas de seguridad para luego acusarle de comprar testigos en contra de los anteriores gestores del Ministerio del Interior.

La interpretación de Bayo parte de magnificar las dificultades con las que se encontraron los socialistas en el momento de su llegada al poder desde el punto de vista del terrorismo. Ni los métodos de guerra sucia fueron nuevos ni los gobiernos anteriores habían desarrollado una política capaz de concluir con ETA. En realidad Bayo (y las personas que cita como protagonistas de su libro) no prueba en absoluto que el terrorismo estuviera a punto de dar sus últimas boqueadas cuando Vera abandonó el Ministerio del Interior. Las informaciones que proporciona sobre la neogestión con ETA o sobre las gestiones con Francia más bien hacen pensar que Vera ha sido en exceso petulante a la hora de describir su propio papel en la lucha antiterrorista. Y, además, se trasluce también en su actitud de fondo un elevadísimo grado de condescendencia respecto de lo realizado por otros o por los propios responsables superiores de la política antiterrorista más allá de la legalidad. Dar por

supuesto que el GAL fue obra de “escalones intermedios” y que concluyó en 1986 por obra de Barrionuevo y Vera es inaceptable porque hubieran podido concluir con esa guerra sucia antes, hicieron todo lo posible por evitar cualquier investigación luego y la

utilización de los fondos reservados para callar bocas peligrosas revela una indudable complicidad en los peores aspectos del asunto.

De este modo el libro de Bayo resulta, en la práctica, más acusador que exculpador de sus protagonistas principales. Hubiera un plan global o no, lo cierto es que en la etapa inicial del gobierno socialista hubo, al menos, una amplísima permisividad respecto de esa guerra sucia emprendida desde instancias muy diferentes. Si este fenómeno no tuvo su origen en este momento nunca fue tan protegido desde las alturas ministeriales como entonces ni hubo una actitud tan sistemática en ponerle barreras a la Justicia como desde la segunda mitad de la década de los ochenta. Para el autor de estas líneas resulta obvio que de eso debieran derivar responsabilidades políticas al margen de las que sustancien los tribunales. Y lo es también que, merezcan las críticas que les puedan corresponder, Garzón y Belloch están a una distancia abismal de los protagonistas del GAL.

Un peregrino antimonarquismo

En el reciente libro de *Rafael Borrás Betriu*, “*El rey perjuro. Don Alfonso XIII y la caída de la Monarquía*”, *Barcelona, Plaza y Janés-Ediciones Rondas, 1997*, encontramos un planteamiento que pretende ser histórico y que, en realidad, dista mucho de serlo. El autor parte de una concepción prestablecida y utiliza argumentos históricos para defenderla. Pero eso no convierte lo que ha escrito en un libro de Historia.

Si alguien padece algún tipo de problema odontológico no se le ocurra visitar a un jardinero para que le resuelva sus problemas. Sin embargo, por no se sabe bien qué oscuras razones, algunos piensan que la Historia es cuestión sobre la que todo el mundo puede no sólo opinar sino incluso escribir libros. Leer unos cuantos libros de memorias y enjaretar las citas una tras otra basta para justificar cualquier juicio previo sobre cuestiones complicadas. Un poco de salsa picante con supuestos paralelismos con la actualidad concluye el aderezo de un guiso que más que deleznable habría que calificar de insustancial.

Rafael Borrás ha sido y es un importante editor merced a cuyo trabajo se han publicado en España libros de interés. Tardíamente se ha lanzado a escribir libros que tienen la pretensión de ser de Historia y, después de haber publicado uno contra Don Juan de Borbón, ahora da a luz otro sobre (y contra) su padre. Es una empresa osada que aborda con sorprendente desparpajo. Empieza por ni tan siquiera plantearse el problema de usar fuentes nuevas como si a base de puro refrito pudiera construirse un libro. Éste resulta desequilibrado por completo en su extensión, dedicando a poco más de un año una extensión doble que a los treinta precedentes. Ignora la bibliografía más reciente escrita por los historiadores profesionales (por ejemplo, las 1.500 páginas del tomo XXVIII de la Historia de España de Menéndez Pidal-

Jover). Ni tan siquiera se pregunta sobre las cuestiones que desde hace tiempo vienen interesando a esos historiadores profesionales, como son las de la modernización de la sociedad y la política española de la época. Practica un apasionado interés por la minucia anecdótica —las amantes del Rey— mientras que elude lo fundamental —la responsabilidad del Rey en las crisis políticas— porque eso es más difícil de estudiar. Abusa de las citas de los libros que utiliza de tal modo que lo que pueda tener de positivo su libro deriva de esa condición de colección de extractos de otros autores. Carece, en fin, por

completo de criterio sobre las fuentes que utiliza: igual vale un protagonista de los acontecimientos que un periodista que escribe cien años después.

Todo eso ya convertiría este libro en muy flojo pero sucede, además, que el autor tiene una opinión previa que debe justificar a lo largo de cada capítulo. Borrás cree que los Borbones son “una pesadilla más que centenaria” y que es mejor “la elección del primer ciudadano de la Nación”. Bien, éstas son opiniones que dependen de los gustos de cada uno pero que no justifican la osadía de escribir un libro de Historia. Partiendo de esos juicios uno está legitimado para ser republicano, aunque lo sea de procedencia joseantoniana. Lo que no se justifica es criticar a un personaje histórico al mismo tiempo por una razón y la exactamente contraria o demonizarle de una forma absurda, como si a estas alturas fuera una cuestión digna de debate de cara a la sociedad española. Resulta que, según Borrás, en el balance negativo de Alfonso XIII estaría al mismo tiempo el haber “borboneado” a Antonio Maura —juicio de la derecha extrema— y no haber contado con Pablo Iglesias —juicio de la izquierda—, cuando lo cierto es que ni lo uno ni lo otro dependió exclusivamente de él. De la Dictadura de Primo de Rivera habría sido el único culpable y por sí solo la habría mantenido a lo largo de todos estos años como si hubiera podido prescindir del general en el momento que considerara oportuno y como si

éste no fuera más que un muñeco al que utilizar a su antojo. Alfonso XIII habría sido, en fin, el culpable del derrumbamiento de la Monarquía, pero Juan de la Cierva tuvo razón cuando le aconsejó que no se fuera en 1931.

Cabe preguntarse si ni tan siquiera merecería la pena reseñar un libro así. Conviene hacerlo aunque sea a título de excepción. En primer lugar porque las cuestiones que en este libro se abordan, de una forma tan superficial y simplificadora, son importantes. España vivió en esos años un proceso de modernización que resultó fallido. Alfonso XIII tuvo muchos defectos y se equivocó en muchas ocasiones, pero convertirlo en el factotum de todas las maldades es una simplificación tan abrumadora que ni siquiera pueden justificar los más entusiastas furores antiborbónicos. Ni siquiera éstos dejan bien parada a la causa de la República, una opinión tan justificable como cualquier otra pero para la que puede haber mejores razones que éstas. Pero, sobre todo, en segundo lugar, no debe admitirse por un público culto y con un mínimo de exigencia que cualquier transeúnte opine sobre aquello acerca de lo que no tiene una formación ni criterio. Historiador no lo es cualquiera. En concreto, no lo es Borrás y conviene que se entere cuanto antes.

Un buen libro sobre el 98

Inman Fox, uno de los mejores hispanistas extranjeros, acaba de dedicar un libro, *“La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional”*, Madrid, Cátedra, 1997, a una original interpretación de la cultura española durante la Edad de Plata. Fox es un conocido especialista autor de muy eruditos trabajos que han ido apareciendo en revistas especializadas y por lo

público. Alguna de las obras más conocidas de “Azorín” o de Ortega ha sido editada por él de una forma realmente ejemplar.

Con este libro, por el contrario, intenta una interpretación general que quizá fuera presuntuosa de no estar avalada por trabajos eruditos del género de los que han sido citados. Muy lejos de las interpretaciones agónicas del 98 se propone estudiar una visión de España que nace de planteamientos mucho más de carácter intelectual y cultural que político. La tesis que se defiende en este libro consiste en que con el cambio del siglo se impone en el mundo cultural español una concepción de nuestro país que es, al mismo tiempo, nacionalista y liberal. Tesis fundamental en esta interpretación consiste en juzgar que Castilla es el germen esencial de esa realidad nacional. Fox argumenta que todos los nacionalismos han inventado en algún momento una tradición propia y han llegado luego a definir una esencia de la propia colectividad que muy a menudo alcanza su mejor expresión en la literatura y en el arte.

Eso es lo que, según el autor, sucedió en el caso de España en el momento del fin de siglo pasado. Hubo una meditación acerca del pasado español que situó la decadencia al comienzo de la Edad Moderna pero pretendiendo que las raíces populares se conservaban sanas. Así lo demostraría la “historia interna” de los españoles, es decir aquella no dedicada a los acontecimientos políticos sino al

tanto no muy accesibles al gran

más íntimo ser de la nación. Los intelectuales descubrieron, así, la literatura más primitiva —el romancero—, otorgaron una relevancia primordial a la escuela de pintura española y, en ensayo y literatura, eligieron como temática principal la meditación acerca del ser nacional o sobre el paisaje o el modo de vida nuestros. Parece obvio, por tanto, que a los intelectuales finiseculares cabe atribuirles una idea nacionalista muy duradera porque en definitiva ha persistido hasta el momento actual. Otra cosa es que en el momento actual este planteamiento nacionalista necesite al menos una revisión para ponerlo más en sintonía con la forma de convivencia que hemos elegido.